

de la inteligencia, yo no dudaba. Y has venido otra vez á mí y me has dado la incertidumbre y me has hecho beber la duda como un vino. Y he aquí que hoy gusto por ti la ilusión deliciosa de las cosas, y que el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado, porque te he seguido, Príncipe de los Hombres!»

Y Giovanni contempló á su compañero, hermoso como el día y la noche. Y le dijo:

—Por tu culpa sufro, y te amo. Te amo, porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, la magnificencia y la crueldad de las cosas; porque eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante á ti. Pues tu promesa en el jardín, en el alborar de los días, no era vana y he gustado el fruto de la ciencia ¡oh Satán!

Giovanni prosiguió:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el daño que me has hecho. Te amo, porque me has perdido.

Y reclinándose en la espalda del ángel, el hombre lloró.



A Félix Jeantet.

VIII

EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Gesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: Io voglio...
(Le lettere di S. Caterina da Siena. VCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena era como la enferma que busca inútilmente una buena postura en su lecho, y cree engañar al dolor removiéndose á cada instante. Varias veces había cambiado el gobierno de la república, que pasaba de los cónsules á la asamblea de los burgueses, y que, confiado al principio en los nobles, fué ejercido en seguida por los cambistas, los traperos, los boticarios, los guarnicionistas, los mercaderes de seda, y todos los que cultivaban las artes superiores. Pero habiéndose mostrado estos burgueses débiles y corrompidos, el pueblo los expulsó como á sus predecesores y entregó el poder á los pequeños ar-

tesanos. En el año 1368^o de la gloriosa Encarnación del hijo de Dios, la Señoría se compuso de catorce magistrados escogidos entre los gorreros, carniceros, cerrajeros, zapateros y albañiles, que formaron un gran consejo llamado el Monte de los Reformadores. Eran plebeyos rudos como la Loba de bronce, emblema de su ciudad, que amaban con amor filial y terrible. Pero el pueblo, que los había elevado sobre la república, dejó subsistir bajo sus órdenes á los Doce, que pertenecían á la clase de los banqueros y de los ricos mercaderes. Estos conspiraron con los nobles, instigados por el emperador, para vender la ciudad al papa.

El César alemán era el alma de la confabulación, y ofreció la ayuda de sus tropas para asegurar el éxito. Su prisa era mucha en realizar el negocio, contando con el precio de la venta para recobrar la corona de Carlomagno, empeñada por mil seiscientos veinte florines á los banqueros florentinos.

Pero los del Monte de los Reformadores, que formaban la Señoría, tenían firmes las riendas del mando y velaban por la salud de la República. Estos artesanos, magistrados de un pueblo libre, negaron al emperador llegado á sus muros el pan, la sal, el fuego: habíanle arrojado gemebundo y tembloroso, y condenaron á los conspiradores á pena capital. Guardianes de la ciudad fundada

por el antiguo Remo, imitaban la severidad de los primeros cónsules romanos. Pero la ciudad, vestida de oro y de seda, se deslizaba de entre sus manos como una cortesana pérfida y lasciva. Y la inquietud los hacía implacables.

En el año 1370 supieron que un gentilhomme de Perusa, ser Nicolás Tuldo, había sido enviado por el papa para comprometer á los sieneseñ, de concierto con el César, y entregar la ciudad al Santo Padre. Aquel señor se encontraba en la flor de la juventud y de la hermosura, y había adquirido en el trato de las damas ese arte de agradar y seducir, que practicaba en el palacio de los Salembeni y en las tiendas de los cambistas. Y, aunque en realidad fuese frívolo y vano, ganaba para la causa del papa bastantes burgueses y algunos artesanos. Sabedores de sus intrigas, los magistrados del Monte de los Reformadores le hicieron comparecer ante su serenísimo consejo, y habiéndole interrogado bajo el gonfalon de la República, en el que se ve un león á punto de acometer, le declararon convicto de atentado contra la libertad de la ciudad.

Él había respondido con risueño desdén á estos zapateros y carniceros. Cuando oyó pronunciar su sentencia de muerte, cayó en profunda atonía, y se le condujo como dormido á la prisión. Pero tan pronto como fué encerrado, renació de su estupor y empezó á deplorar su vida con toda la

fuerza de una sangre joven y de un alma impetuosa: las imágenes de sus voluptuosidades, armas, mujeres, caballos, se presentaban ante sus ojos, y, al mero pensamiento de que ya no los gozaría nunca, fué transportado de tan furiosa desesperación, que golpeó con sus puños y su frente los muros del calabozo y exhaló aullidos tales, que se los oía alrededor, hasta en las casas de los burgueses y en los almacenes de los trapeiros. El alcaide acudió á sus gritos, y le encontró cubierto de sangre y de espuma.

Ser Nicolás Tuldo no cesó de aullar rabioso durante tres días con sus noches.

Se dirigió una solicitud al Monte de los Reformadores. Los miembros de la Serenísima Señoría, habiendo despachado el asunto prestamente, examinaron el caso del infeliz condenado:

León Rancati, ladrillero de oficio, dijo:

—Este hombre debe de pagar con la cabeza su crimen contra la República de Siena; y nadie puede redimirle de esta deuda, sin usurpar los sagrados derechos de la ciudad, nuestra madre. Es preciso que muera. Pero su alma pertenece á Dios que la ha criado, y no conviene que por nuestra culpa muera en la desesperación y en el pecado. Aseguremos, pues, su salud eterna, por todos los medios que estén en nuestra mano.

Matteino Rezano, panadero, que tenía fama de sabio, se levantó y dijo:

—Has hablado bien, León Rancati. Conviene, pues, enviarle á Catalina, la hija del batanero.

Este acuerdo fué aprobado por toda la Señoría, que resolvió invitar á Catalina para que visitase á Nicolás Tuldo en su prisión.

En aquel tiempo Catalina, hija de Giacomo el batanero, perfumaba con sus virtudes á la ciudad de Siena. Habitaba una celda en la casa de su padre y vestía el hábito de las Hermanas de la Penitencia. Bajo su ropa de blanca lana ceñía un cilicio de hierro, y todos los días se flagelaba una hora. Luego decía, mostrando sus brazos llagados: «¡He aquí mis rosas!» En su cuarto cultivaba lirios y violetas, con los que tejía guirnaldas para los altares de la Virgen y de los Santos. Y durante este tiempo cantaba himnos en lengua vulgar alabando á Jesús y á María. En estos tristes años en que la ciudad de Siena era una posada de dolor y una casa de alegría, Catalina visitaba á los presos, y decía á las prostitutas: «¡Hermanas, yo quisiera cubriros con las llagas amorosas del Salvador!» Y una virgen tan pura, inflamada de tal caridad, sólo había podido esclatar y florecer en Siena, que bajo sus máculas y entre sus crímenes, persistía como la ciudad de la Santa Virgen.

Advertida por los magistrados, Catalina se dirigió á la prisión pública, la madrugada del día en que Nicolás Tuldo había de morir. Encontróle tendido en el suelo del calabozo, blasfemando á gran-

des gritos. Una vez allí, levantando el blanco velo que el bienaventurado dominico mismo, descendido del Paraíso, había colocado sobre su frente, mostró al preso un rostro de celestial belleza. Como él la mirase admirado, ella se le acercó para limpiarle la espuma que le cubría la boca.

Ser Nicolás Tuldo, convirtiendo hacia ella sus ojos aún agresivos, le dijo:

—¡Márchate! Te aborrezco, porque eres de Siena, que me mata. ¡Oh, Siena, verdadera loba, que hincas tus viles colmillos en el cuello de un noble hijo de Perusa! ¡Oh, loba! ¡Oh, serpiente inmunda y salvaje!

Catalina le respondió:

—Hermano mío, ¿qué es una ciudad, ni qué son todas las ciudades de la tierra, junto á la ciudad de Dios y de los ángeles? Yo soy Catalina y vengo para convidarte á las nupcias eternas.

La dulzura de su voz y la limpidez de sus ojos difundieron súbitamente la paz y la luz en el alma de Nicolás Tuldo.

Recordó sus días de la inocencia, y lloró como un niño.

El sol, alzado sobre los Apeninos, blanqueaba la prisión con sus primeros rayos. Catalina dijo:

—¡Aquí está el alba! ¡De pie para las nupcias eternas, hermano mío: arriba!

Y ayudándole á levantarse le condujo á la ca-

pillá, donde fra Cattaneo le oyó en confesión.

En seguida, ser Nicolás Tuldo asistió devotamente á la santa misa y recibió el cuerpo de Jesús. Luego se dirigió á Catalina, y le dijo:

—Permanece conmigo, no me abandones, y me sentiré bien, y moriré contento.

Las campanas empezaron á tocar, anunciando la ejecución del reo.

Catalina respondió:

—Dulce hermano, te esperaré en el lugar de la justicia.

Entonces, ser Nicolás Tuldo sonrió y dijo como transportado:

—¡Cómo! ¡La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia!

Catalina meditó y rogó, diciendo:

—Dios mío, le habéis enviado un raudal de luz cuando llama santo al lugar del suplicio.

Ser Nicolás continuó:

—Sí, iré fuerte y gozoso. Ya me impaciento como si esperase hace mil años el momento de llegar al sitio donde he de encontraros.

—¡A las nupcias; á las nupcias eternas!—repi-
tió Catalina saliendo de la prisión.

Se ofreció al condenado un poco de pan y de vino; se le dió una capa negra; luego se le condujo al través de calles pedregosas, al son de trompetas, entre los guardas de la ciudad, bajo el gonfalon de la República. Las calles estaban

llenas de curiosos y las mujeres alzaban en brazos á sus pequeñuelos para mostrarles el que iba á morir.

Nicolás Tuldo pensaba entretanto en Catalina, y sus labios, mucho tiempo amargos, se entreabrían dulcemente como para besar la imagen de la santa.

Luego de haber subido durante algún tiempo por una calzada de ladrillo, el cortejo llegó á una eminencia que domina á la ciudad, y el condenado vió súbitamente, con aquellos sus ojos que iban muy luego á apagarse, los tejados, las cúpulas, los campanarios, las torres de Siena, y á lo lejos, las murallas siguiendo la pendiente de las colinas. Ante este espectáculo se acordó de su ciudad natal, de la riente Perusa circundada de jardines, donde las vivas aguas cantan entre las frutas y las flores. Se representó la terraza que domina el valle del Trasimeno, donde la mirada bebe el día con delicia.

Y el sentimiento de la vida desgarró otra vez su corazón.

Suspiró:

—¡Oh, ciudad mía! ¡Oh, casa paterna!

El pensamiento de Catalina volvió luego á su alma, llenándola hasta los bordes de alegría y de paz.

En fin, llegaron á la plaza del mercado, donde cada sábado los campesinos de Camiano y de

Granayola instalan los limones, las uvas, los higos y las manzanas como el oro, y envían á los compradores alegres apelaciones alternadas de sucias frases. Allí se había erigido el patíbulo. Ser Nicolás Tuldo vió á Catalina orando de rodillas, la cabeza en el tajo.

Y ascendió las gradas con impaciente alegría.

Viéndole Catalina, se levantó y volvió hacia él con el aire de la esposa que se reúne al esposo; ella misma quiso descubrirle el cuello, y colocar á su amigo en el tajo, como en un lecho nupcial.

Luego se arrodilló ante él. Cuando por tres veces hubo Tuldo repetido fervorosamente: «¡Jesús, Catalina!», el verdugo dejó caer la espada y la virgen recibió en sus manos la cabeza cercenada. Entonces le pareció que toda la sangre de la víctima se derramaba en ella é infundía en sus venas una oleada dulce como la leche aún cálida; un olor delicioso hizo palpar su nariz; por sus ojos anegados pasaron sombras de ángeles. Atónita y transportada, cayó muellemente en el abismo de las delicias celestes.

Dos mujeres de la orden terciaria de Santo Domingo, que esperaban al pie del cadalso, al verla extendida, sin movimiento, se dieron prisa en levantarla y sostenerla. La santa dijo al volver en sí:

—¡He visto el cielol

Como una de las mujeres se dispusiese á lavar con una esponja la sangre que cubría el hábito de la virgen, Catalina la contuvo vivamente:

—No—le dijo—, no me quitéis esa sangre; no me robéis mi púrpura y mis perfumes.



A Enrique Lavedan.

IX

LA FIANZA

... Par cest ymage
Te doing en pleige Jhesu-Crist
Qui tout fist, ainsi est escript:
Il te pleige tout ton avoir;
Ne peuz nulz si bon pleige avoir.
*(Miracles de Notre-Dame par person-
nages, pub. por G. Pâris y U. Robert.)*

Entre todos los mercaderes de Venecia era Fabio Mutinelli el más serio en sus compromisos. Mostrábase liberal y magnífico en todas ocasiones, y señaladamente donde había damas y gente de iglesia. La elegante probidad de sus costumbres era celebrada en toda la República, y se admiraba en San Zanípolo un altar de oro que había ofrecido á Santa Catalina por el amor de lo bella Catalina Manini, esposa del senador Alesso Cornaro. Como era riquísimo, tenía muchos amigos, á quienes daba fiestas y á quienes obligaba á expensas de su bolsa. Pero sufrió grandes pér-